

Si van a besarse en los labios, que sea delante de mí

De Mariana Mazover

Hay un pic-nic. La imagen es de Postal: típica cesta de mimbre, típico mantel cuadrillé rojo y blanco. Están Nelly y John. Comen un sandwich cada uno, no hablan. Se nota que no hay tema de conversación. Cuando termina de comer, John revisa la cesta en busca de algo más.

Nelly: No te llenes el estómago con otro emparedado: luego no comes la fruta.

John sigue revolviendo.

Nelly: No busques lo que no vas a encontrar, querido.

John: Anoche te di una botella para que la guardaras en tu maldita cesta. Y dijiste que la guardarías. ¿dónde demonios está?

Nelly: No me levantes la voz que estamos en un lugar público. Eso que ves ahí: es gente. Esa gente que ves ahí ¿qué espera de sus semejantes? Buenos modales. Por favor John. No empecemos. Toma una manzana colorada y lee tu periódico, que para algo lo compramos.

John: Cuando John le da a su mujer una botella para que la lleve al pic-nic es porque quiere llegar al pic-nic y que esté su maldita botella de malbec. *(Empieza a sacar cosas de la cesta)* ¡¿Esto es mi botella? ¡No, es otro emparedado de atún y huevo! *(saca otra cosa)* ¡¿Esto es mi botella? ¡No, es un muffin de manteca y frambuesas!

(Pausa)

Nelly: Bebe de la limonada. Está preparada con miel de abejas, será de tu agrado.

John: Detesto la limonada

Nelly: Se supone que en un pic-nic se sirve limonada. Así son las cosas en el mundo, John. Si no te gusta la limonada, si no te gusta el emparedado de atún, si no sientes voluntad de leer el periódico, entonces volvamos a casa. Tengo atrasado mi bordado.

John: No nos iremos hasta que anochezca.

Nelly: 'No nos iremos hasta que anochezca', 'no nos iremos hasta que anochezca'. ¿Qué buscas aquí entre todos estos árboles, John? Creo que ya es hora de que me lo digas. Llevamos años viniendo aquí cada día de domingo, simulando adorar la vida al aire libre. Me fuerzas a preparar toda esta comida para luego revolearla por los aires y quejarte de ella cada vez. ¿Qué buscas aquí? ¿A quién buscas aquí?

John: Me gusta respirar el aire puro, es eso. Solo eso. Disculpas.

Nelly: En el termo hay café caliente también.

(Busca el termo, ve algo dentro de la cesta: sin sacar eso de adentro)

John: ¿Qué hace esto aquí, Nelly?

Nelly: La llevo siempre conmigo por si acaso...

John: ¿Sigues tomando las pastillas que te receté, verdad?

Nelly: Por supuesto, Doctor Buchanan. *(Lo besa en los labios)*

John: Cuéntame de tus lecciones de canto, cariño *(Se queda mirando al horizonte, a alguien está viendo, intenta descifrar si cree que es quien cree que es. No oirá la respuesta de Nelly).*

Nelly: Por el amor de cristo, John, en qué planeta vives: se cuartearon mis cuerdas vocales. Hace meses que ya no puedo ir a tomar las lecciones de canto. Comienzo a pensar que me lo preguntas sólo para hacerme daño, y detesto que me invadan esos pensamientos impuros sobre el hombre que amo. *(En un ademán patético)* ¡Fuera, fuera de mí, pensamientos impuros! ¡Fuera!

John: Me alegro tanto por ti. Si quisieras agregar otra clase semanal, ya sabes que no tienes más que pedirme el dinero extra, con todo gusto te lo daré, mi pequeña jilguerito.

Nelly : *(Mira y ve lo mismo que está viendo John).* ¿Es Ella?

(John se para. Está conmocionado).

John: Alma...

Nelly: ¿De modo que es por ella que hemos venido una y otra vez aquí, cada domingo?

(John saca un peinecito, se arregla el pelo)

Nelly: ¿Nunca dejaste de pensar en ella, verdad?

John: ¿Puedes hacer silencio por una vez, Nelly?

(Nelly intempestivamente comienza a juntar todo para irse, pero no le alcanzan las manos, antes de que termine de hacerlo, Ella, Alma, estará parada frente a ellos. La belleza de una mujer de ciudad contrasta con la sencillez pueblerina de Nelly)

Alma: Imagino que aquél chiquillo que corretea por el prado es el hijo de ustedes, ¿verdad?. Tiene tus ojos, John. Tus inolvidables ojos negros.

John: Nelly es estéril.

Alma: Cuánto lo siento.

Nelly: Y Alma era frígida.

John: Nelly, por favor.

Nelly: ¿Qué tiene, si lo sabe todo el pueblo? ¿No es acaso ese motivo por el que tuvo que abandonarlo?

Alma: Tuve que abandonar el pueblo porque me resultaba insoportable que mi pequeña alumna prodigio Nelly Fain me hubiera arrebatado de las manos el amor del único hombre al que alguna vez amé. ¿No lo recuerdan? Porque yo aún lo recuerdo como si fuera hoy. ¿Verdad que tiene gracia? Pero por favor, no hablemos de ello, que es historia antigua. ¿Cómo está el flamante matrimonio?

Nelly: Bien. Estamos bien.

(Pausa tensa. Silencio)

Nelly: Te vimos en las revistas. Felicitaciones. Te has convertido en una celebridad.

Alma: Digamos que me las supe ingeniar para ingresar a la Ópera más importante de la ciudad. Me enteré que tienes un daño irreversible en las cuerdas vocales, Nelly. Cuánto lo lamento.

John: Nelly ahora se dedica a bordar cortinas.

Alma: Notable actividad.

John: Lo hace estupendo.

Alma: Qué maravilla. Siempre me digo: “Alma, el día que ya no puedas cantar: deberás cumplir con tu viejo sueño de bordar cortinas”. Pero luego me digo: “qué es un simple bordadito para decorar el rincón doméstico de una casa de familia comparado con el glorioso palpitar de todo un auditorio repleto de almas gozando de tu

arte musical". Y es ahí cuando le pido a Dios que conserve para siempre mis cuerdas vocales. ¿Esos muffins también son horneados con tus propias manos? Se ven realmente deliciosos. Te has convertido en una verdadera ama de casa, Nelly.

Nelly: ¿A qué volviste, Alma?

Alma: Es mi pueblo, es mi parque. Crecí aquí. En aquella fuente de agua jugábamos cuando niños con John. Creo que tengo el derecho.

Nelly: Ya nos viste. Ahora por favor...

Alma: Quiero hablar con John. Quiero saber por qué no respondió ni una de mis cartas.

John: No recibí ninguna carta.

Alma: ¿1867 Bloomfields Street, sigue siendo tu dirección postal?

John: Por supuesto. Donde vivimos y donde sigo atendiendo a mis pacientes en el consultorio.

Alma: Es curioso entonces, porque allí las enviaba. Cada una de ellas.

John: Es Nelly quien revisa el buzón todas las semanas, ella recibe la correspondencia.

Alma: ¿Qué demonios has hecho con mis cartas, Nelly Fain? ¿No te habrás atrevido a abrirlas, verdad? Habla, Nelly, habla. Deja de poner esa cara de mariposa herida y confiesa: ¿qué hiciste con mis cartas?

John: ¡Habla, Nelly!

Nelly: Maldita perra arrastrada. Difamadora. Mujer de la calle, meretriz del bajo vientre. ¡Puras patrañas te escribía, John! Calumnias, infamias. Grábate esto en tu cabeza, Alma Winemiller, John nunca, pero nunca en 12 años de matrimonio se atrevió a faltar una sola noche a nuestro lecho. Ni una sola. Puedo desmentir palabra por palabra tu mentira infame.

John: Estás haciendo un papelón delante de todos los vecinos del pueblo, por el amor de dios, Nelly, baja la voz.

Nelly recobra la compostura.

John: ¿por qué no me las diste, Nelly? Es delito público revisar la correspondencia ajena.

Nelly: ¿Mi propio marido me va a hacer un juicio ahora? No dejó de enviar mentiras escalofriantes, John. Será con otro, querida, con quien te habrás de haber arrastrado como una yegua en las alfombras de tu camarín, en tu maldito invierno de fuego. Porque mí John Buchanan durmió conmigo todas las noches desde el día de

nuestra boda. De modo que ya puedes ir mendigarle a otro hombre la manutención de tu pequeño John, y dejarnos a nosotros tener nuestro domingo en paz.

Alma: El homenaje al padre de John en Lyon. Con motivo del aniversario de su muerte.

Nelly: No te atrevas a ensuciar la memoria de mi difunto suegro.

John: *(A Alma)* ¿Pero entonces, esa noche...? *(A Nelly)* No fui a Lyon, Nelly. No existió tal homenaje. En verdad, yo fui a ver a Alma en el estreno de Carmen de Bissett en el Teatro Nacional. Cantó de un modo tan excepcional que recibió una ovación de más de diez minutos... Podrías haber hecho chocar dos nubes y reinventar la lluvia ese día, Alma.

Alma: Porque estabas tú mirándome en primera fila. Fue la noche más hermosa de mi vida.

John: Y la mía.

Nelly: La mía, no.

Alma: No sabes lo reconfortante que se siente saber que no has respondido a las cartas sólo porque nunca llegaron a tus manos, John. Él tiene 2 años recién cumplidos.

John: *(hace una cuenta mental rápida)* 2 años y 3 meses, debe tener entonces, exactamente.

Alma: ... y tres meses, sí...

John: ¿Dónde está él?

Alma: En nuestra casa de fin de semana, en las afueras de la ciudad. Es un torbellino. Yo le digo "mi pequeño doplegganger"

(Alma y John ríen con toda fuerza y alegría, porque entre ellos saben perfectamente de dónde proviene el término dopplegganger, en cambio, Nelly, se queda afuera del gran chiste)

Alma: Mi chofer está esperándome en la puerta de la basílica. Puedes venir con nosotros.

Nelly: Yo tengo que terminar mi bordado, John. Muchas gracias Alma por la información, la tendremos en cuenta. Invitaremos a la criatura a pasar los veranos en el pueblo. Ahora, si nos permites... John, por favor, llévame a casa.

John: No creo que yo vaya a volver, sabes, Nelly.

Nelly: ¿No?

John: Tú y yo bien sabemos que si hay un motivo por que cual hemos venido todos los domingos de nuestra vida aquí a este parque es porque confiaba que algún día Alma volvería.

Nelly: Sí, es cierto. Siempre lo supimos. Pero hemos vivido todos estos años haciendo como si yo no lo supiera.

(Pausa tensa. Nelly acaricia su cestita)

Nelly: Si van a besarse en los labios, quiero que sea delante de mí.

(Alma y John se besan apasionadamente. Delante de Nelly. Ellos se besan, Nelly saca de su canastita, un arma. La guarda).

John: ¿Así, sin valija, sin mi estetoscopio, voy apenas con lo que llevo puesto?

Alma: Mis asistentes se ocuparán de poner en orden todo lo tuyo. Adiós, Nelly.

John: Estaré en contacto para que no te falta nada, Nelly.

Alma: Mis asistentes pueden ocuparse de ella también.

(Miradas fulminantes entre las mujeres. Nelly le sonrío a Alma.)

John: ¿Está muy lejos el coche?

Alma: Tres cuadras. Las haremos despacio. Paseando. *(Comienzan a ir)*

Nelly: *(Apunta)* Ya podrán tus asistentes ocuparse de elegir el cajón para tu entierro, Alma Winfield.

Instintivamente, John cubre el cuerpo de Alma, Nelly no llega a disparar

Nelly: Sal del medio, John o tendré que volarte a ti también los sesos

Apunta para todos lados, que no se acerque nadie. Decide. Dispara. No sale el tiro. Intenta de nuevo, no sale. Desesperada, intenta seguir disparando, enloquece, revolea muffins, o manzanas, ellos se van, quizás ya haya llegado la policía porque a lo lejos pareciera divisarse la luz azul de una sirena... quizás... quizás..

Música. Apagón.